

muchacho, desfiguradísimos por el tiempo y por la descomposición, pero con indudables indicios de muerte violenta, según las sendas sogas que mostraban ceñidas y pendientes al cuello, como estrangulados. A los pocos pasos y á los pocos días dieron los descubridores con otras noticias más claras de la requerida colonia en coloquios más ó menos confusos con indios dóciles, que pronunciaban las palabras jubón y camisa, designando los objetos expresados por ellas; pero que, preguntados por los colonizadores, alzaban los hombros y hacían gestos de pena grande, asombrando el alma de Colón, ya muy apenado por todos los indicios anteriores y poniéndolo en suma é íntima tristeza con perplejidad, natural en tales casos; pues quería y no quería Colón llegar á la Natividad; y así preguntaba y se resistía después al conocimiento primero de la misma deseada respuesta. Por fin, el 27 por la noche llegó al punto fatal requerido en todo su viaje. Nunca llegara. Las nocturnas sombras ennegrecían su triste incertidumbre. Profundo silencio imperaba por todas partes. Al grito de los marineros únicamente respondía el eco de las selvas y montañas. Los cañonazos hacían retemblar el suelo y agitaban el aire; mas no atraían señal ninguna de vida, ni despertaban agitación y movimiento cual antaño. En esto una canoa se deslizó en las sombras con los sigilos y el silencio de un pez en las aguas. Los indios embarcados en ella preguntaron por el Almirante; y hasta que no salió éste y le miraron ellos al resplandor de una linterna sorda el rostro, no se dieron á partido entrando en la Capitana. Llevábanle caraturales de madera, conoci-

das en su lengua con el nombre de guaycas, ornadas con pedazos de oro macizo, recibiendo en cambio y en reciprocidad unas bacinetas de latón por ellos estimadísimas. El encuentro aquel y la siguiente mañana notificaron á Colón toda la realidad tristísima de su desgracia irreparable. Los setos arrancados, las fronteras borradas, los maderámenes hechos cenizas dispersas al viento, los vivos trocados en sombras; el espacio henchido un día por la grande animación y resonante con algazaras propias del carácter militar, aparecíase cual un desierto extendido por los siglos y sobrepuesto á pasmosa ruina, de la cual se había tragado la muerte con sus voracidades hasta los restos, sin dejar más que una desolación irreparable. Colón fué por grados enterándose del rudísimo golpe. Lo presintió al topar con los primeros cadáveres aunque desfigurados, y lo entrevió más tarde al ver otros, no tan descompuestos como los anteriores, pues aún tenían aquéllos barba; y acabó por cerciorarse de todo con desesperación al experimentar cómo en los abismos de un silencio inmutable se perdían el clamor de sus tripulantes y el tiro de sus cañones. En efecto, la ociosidad había estragado á los colonos y pervertíolos en el vicio. A la ociosidad y al vicio consiguiente, habían seguido el menosprecio, cuando no el odio de los naturales, y las discordias entre sí, naturales en quienes se disgustan á una consigo mismos y odian en los demás las faltas cometidas por cada cual y de suyo inexcusables en todos. Murieron una parte como suicidas, es decir, al filo de sus propios errores y delitos. Murieron en las guerras promovidas entre sí otros. Mu-

rieron los últimos al exterminio decretado por un cacique del territorio de La Maguna, conocido entre las tribus aquellas con el nombre de Caonabo. No conozco raza ninguna en el mundo á quien tanto vigorice la guerra y el combate y el sacrificio como á nuestra raza, ni á quien tanto corrompa la prosperidad y la victoria. Oviedo mismo, al historiar estas cosas, describe la incompatibilidad antigua entre los naturales de nuestras regiones y los obstáculos que se tocan al querer meterlos á todos en un solo saco. Indicios hay de rivalidad regional en aquellas parricidas discordias que acabaran con los españoles allí. La sobriedad espartana, el vigor titánico, la energía indomable, la perseverancia confinante de suyo en tenacidad, el desinterés llevado hasta los límites de un voluntario sacrificio, no resisten á los ocios de la victoria y no sirven para el gobierno de sí, que logran otras razas bien inferiores á la nuestra y conservan á una con grande y envidiable felicidad.

Al ver la colonia desaparecida, el castillo desarraigado, los pozos abiertos para el servicio colmados de tierra y escombros, hasta los muertos comidos por la nada, volviéronse contra Guacanagari todas las sospechas y le acusaron todas las lenguas. A mayor abundamiento él ponía las apariencias del lado de los recelos con su apartamiento deliberado, so color de maltrecho y herido por la desgracia común á todos y por las luchas mantenidas en pro del español. Por fin, le hizo Colón una visita, encontrándolo acostado y doliente. Quejábase de las heridas en su cuerpo abiertas por la defensa del fuerte colombino; mas,

aunque los médicos registraron el cuerpo con sumo cuidado, no descubrieron llaga ni cicatriz, sino algún magullamiento, de contusiones provenido, y estas poco graves. No debe maravillarnos, en presencia de todo, la opinión del Vicario apostólico Buil, que demandaba el castigo de tan taimado cacique, y la conversión pronta de todo el mundo. Investido por bula del Papa este fraile con la delegación del poder eclesiástico, y mandado allí á la obra de convertir á los indios, cuando se rociaba con agua bendita, mal de su grado, al moro de las Alpujarras, y se despedía, contra todo interés público, al judío de la Península, y se fundada el Santo Tribunal de la Fe para perseguir y castigar aun á los más ocultos y recatados disidentes de la Iglesia católica, estaba en el carácter propio de su ministerio religioso y en el espíritu propio de su edad intolerante aquel severo benedictino, pidiendo así cayera el infierno sobre Guacanagari, como el bautismo sobre los indios. El agustino dogma, concretado en la forma teológica de aquel *compelle intrare*, tan coactivo hasta sobre facultades humanas, como la conciencia libre y el libre albedrío, inaccesibles á toda coacción de fuera, ese dogma centelleaba en las ideas del monje y urgía con sus determinaciones aquella su firme y constante voluntad, muy pagada del ministerio religioso que debía cumplir y muy creída del bien que á todos hacía en este y en el otro mundo con sus exigencias y con sus imposiciones. Parece imposible, dada la naturaleza del siglo aquel, parece imposible; pero así consta en las obras contemporáneas de Buil, y así debe fijarse aquí para gloria

del pensamiento español: un historiador de semejantes días, hijo legítimo y sobrino predilecto de dos caballeros principales idos en compañía de Colón á este segundo viaje, el P. Las Casas, explica las pretensiones exageradamente religiosas de Buil y las violencias del Virrey en los indios más ó menos resistentes á la civilización cristiana por esta fórmula tan profunda como sencilla: ignorancia completa del derecho natural. Hízose Colón sordo, sin embargo, á las insinuaciones de Buil, y trocó la pena militar demandada por aquel celoso y exaltado Vicario, con el cambio recíproco de objetos y productos pertenecientes á cada cual. Guacanagari donó al Virrey piedras preciosas, ocibas muy estimadas en su pueblo; una corona de oro macizo, y una huera ó calabacita repleta de oro en polvo; mientras, á cambio, el Almirante le dió á él cuentas de vidrio, que brillaban á sus ojos como riquísima pedrería; cuchillos y tijeras, muy aceptos donde no había hierro á causa de su coste; agujas y espejuelos, todo lo cual no valdría cinco reales, y, sin embargo, el cacique lo quería y lo tomaba todo, creyéndose con sinceridad, en su natural candor, un verdadero rico. Y realmente, si aquel cacique se adelantara con el pensamiento á los tiempos, y viera su desarrollo en el seno monótono y uniforme de la eternidad, seguramente comprendiera que aquel continente áureo no había de valer por el oro nativo encerrado en sus prolíficas entrañas: había de valer por su trabajo, por su industria, por las producciones del arte y del pensamiento humano, que comenzando en bujerías como las dadas á Guacanagari por Colón, acaban

en la máquina de vapor, en el comunicativo telégrafo, en el teléfono, en el pararrayos, en la centella eléctrica del cielo, tan temida, puesta como alba luz misteriosa en la frente del género humano, redimido de la servidumbre y coronado por tan etérea diadema. Sin embargo, la humanidad no conoce á primera vista los bienes múltiples que le granjea el trabajo, y no suele, sino con mucho tiempo y con muy larga experiencia, enterarse de los opimos resultados del progreso. Los altares de la gloria y de la inmortalidad están todos fundados en aras de sacrificio y piden á una holocaustos cubiertos por vapores de sangre. La fábula de Prometeo, la historia de Sócrates, el Gólgota de Cristo, debían repetirse aquí en el descubrimiento de América, trocándose por una fatalidad, en desengaños horribles las más legítimas esperanzas, y mordiendo como víboras venenosas á sus mismos autores los benéficos progresos que más habían de utilizar en lo porvenir la humanidad y la tierra.

Historiemos. El Almirante pensaba establecer una población en la Española; pero desistió de señalar sitio tan infausto como aquel donde se levantó la desaparecida Natividad. Movióle á este desistimiento, no tan sólo su propia pena por lo sucedido, el consejo de su aliado indicándole otros más propicios y favorables territorios. Aunque los exámenes médicos del cuerpo de tal reyezuelo y las capas moriscas, así como los arambeles andaluces, encontrados en las chozas de sus siervos, indicaban un proceder bien contrario á los españoles, enardeciendo las exigencias de Buil contra la pérfida tribu; el pago de la

visita hecha por el Almirante al cacique se puntualizó con reciprocidad por éste, y las advertencias oídas con atención tanta por Colón se dieron por el cabeza de aquellos naturales con verdadera honradez. Razas de suyo pueriles todas estas razas primitivas, á todas las emociones dispuestas como los niños, facilísimas en pasar del odio al cariño y del miedo á la confianza, olvidaron pronto los desórdenes y las discordias de los españoles allí muertos, para de nuevo acatar como sobrenaturales á los que llevaban en esta segunda expedición artefactos múltiples del trabajo é industria con tipos de animadas especies, tan superiores aquellos á sus humildes enseres como éstos á sus animales domésticos. Las espadas relucientes como siniestros cometas; las espingardas fulminantes como tempestuosas nubes; el cañón preñado de muerte, y tan poderoso y tan rápido en la obra y hechura de sus estragos como las fuerzas destructoras en el universo; aquellos trotones con sus jinetes, considerados como sobrenaturales monstruos por gentes que nunca los habían, en su ignorancia invencible, no ya visto, ni siquiera imaginado; los reverbeos de las lanzas, en cuyas aristas el sol se rompía, y los crujidos de las banderas multicolores, dadas al viento, así como las armaduras, en cuyo acero los cuerpos se encerraban, y los penachos parecidos á celestes aves posadas sobre los cascos; todas las circunstancias de los recién llegados infundían terrores análogos á los muchos de que tantas religiones han brotado, y despertaban culto y obediencia como los ofrecidos á tantos y tantos dioses, en las supersticiones del alma

que generan innumerables mitologías. De todo debía Colón aprovecharse para la gigantesca obra del comienzo de la civilización cristiana en el recién hallado mundo, cuya importancia no pudo conocer después de haberlo descubierto, cual Moisés, después de haber guiado los israelitas hacia la deseada predilecta tierra, no pudo llegar á su seno y morir en su regazo. Apresurábase Colón á establecer colonia con mayor motivo en vista de lo difícil que para él era la vida errante marina, en la cual se facilitaban mucho las frecuentísimas fugas de indígenas huídos á las seducciones del mundo culto y católico, como verdaderamente añorados de su libertad y de sus selvas. Á diez leguas de Monte Cristo establecieron la ciudad llamada Isabela, en recuerdo de la Reina, dentro de lugar á esta clase de colonias muy propicio, por lo puro del aire y lo fértil del suelo y lo abundante del agua y lo copioso del material de construcción y la suma de condiciones favorables, que le auguraban un destino bien opuesto al que obtuviera la desgraciadísima Natividad. Mas, para construir un establecimiento así, necesitábase del universal trabajo; y para emplear el universal trabajo, necesitábase del auxilio y del concurso de todos los recién llegados; y para obtener el auxilio y el concurso de todos los recién llegados, necesitábase que tanto grandes como chicos, patricios como plebeyos, pobres como potentados arrimaran el hombro á la común obra y empleasen las fuerzas personales suyas en el colectivo esfuerzo. Trasladados desde un tiempo como el nuestro, de industria y trabajo, á un tiempo como aquél, de guerra y combate;

pensad en los privilegios que todavía separaban á unos ciudadanos de otros y en los abismos que á manera de fosos encastillaban los altos en sus fortalezas y sumergían á los pequeños en el polvo de sus terruños; medid el menosprecio sentido por la hidalguía ociosa y por los caballeros que la representaron al trabajo y al comercio, á todo lo manual y útil, tenido generalmente arriba por deshonoroso; y decidme cuál afecto sentirían de cruel desengaño los ido allí al llamamiento de una soñada riqueza extendida por todas partes, á flor de tierra, y puesta en sus manos por el mero conjuro de la personal presencia suya, como llovida del cielo, encontrándose con la corvea de una jornada diaria sin jornal y con el deber de arrancar piedras al suelo y sobreponerlas en paredes y murallas como los últimos albañiles, cuando habían soñado con hallarse tras los arrestos de una expedición tan temeraria y los contratiempos de unas tan procelosas navegaciones, elevados al carácter y al poder y al oficio de verdaderos reyes. Trabajar los guerreros, en tiempo de verdadera esclavitud, sobre la tierra y con los brazos; empleando las fuerzas ennoblecidas en la vega de Granada para serviles oficios; parecíales una terrible abominación, y realmente á sus ojos era como un descenso en las escalas del ser y de la vida, como una retrogradación desde la naturaleza nobilísima de dioses á la vil naturaleza de bestias. Luego, aquellas fecundas campiñas, hinchadas de savia y cubiertas por espesos toldos de ramaje, y con las alfombras de una vegetación lujuriosísima, donde se hundían como en los abismos oceánicos el naufrago, y se

enredaban como en las redes el ave, no producían frutos gustosos al paladar de los españoles y asimilables á su estómago y á sus fibras.

Faltaba el bizcocho llevado de allende, y había necesidad imprescindible de levantar molinos para procurarse harinas con que amasar lo necesario al sustento continuo; con todo lo cual, aquellos, que habían ido allí por oro, se hallaban sin pan y en el caso de maldecir la hora en que asintieron al reclamo de tantas promesas y zarparon en pos de una engañosa felicidad. La escasez de bastimentos, menguados á la vista, para su alimentación; la frecuencia de calenturas, despedidas por los miasmas de un suelo removido; la triste alongación del hogar patrio, cada día echado con mayor tristeza de menos; la falta de sueño, consiguiente á las vigiliadas pedidas por mares no surcados y por tierras ignoradas; tanta y tanta contrariedad como trae aparejada una exploración bien diversa de las soñadas bienaventuranzas, postraron á todos en cama, y con todos al mismo Almirante, apenado y fatigadísimo de aquel doble combate con los elementos y con los hombres, capaz de herir y perder á la naturaleza más fuerte y más robusta con sus terribles golpes. Pero había menester de una grande actividad, y á brazo partido luchaba con las horribles abrumadoras fatalidades. Y por lo mismo que luchaba con la fatalidad, promovía uno tras otro natural obstáculo, surgidos todos en su contra, por el conjuro mismo de sus ideas y por el esfuerzo de su voluntad, como si luchase, amén de con todos los demás, consigo mismo, en tan titánica guerra. Y así, enardecido